

HISTORIAS DE CALIFORNIA

Cuento muy breve del viejo enamorado

-Está muy bien lo que nos ha contado -comentó Paquita, mientras su marido, el profesor Allyson, parecía tomar algunas notas en un cuaderno- y a mí, personalmente, me parece una historia muy rica en episodios invisibles pero no por ello menos reales, si bien lo corona el episodio, ciertamente imaginario y sin embargo tan intenso que produjo en el padre Gentile una conciencia angustiada de culpabilidad, del asesinato del buen ecologista que nunca, como los maridos de tantos vodeviles, habría de enterarse de nada, ni siquiera de que lo habían asesinado...

Se rió Paquita de su propia broma; pero en seguida vimos que había tomado la palabra para algo más que para hacer un pequeño comentario como el que acababa de hacer. Me dispuse a escucharla con mucha atención. Era evidente que su comportamiento se había ido reduciendo en los últimos tiempos a ámbitos domésticos, como a veces ocurre con mujeres que durante los años de su juventud parecían apuntar hacia más fértiles dominios -y el caso de la Magali del cuento de Jacinto era, al parecer, un ejemplo también válido a este respecto-, pero que se trataba efectivamente de una dama muy sensible a los problemas intelectuales y con altas capacidades reflexivas, cuyo discurso trancurría ahora entre pucheros y obligaciones sociales propias de la esposa del jefe de un Departamento universitario. Su belleza, que me atrevo a definir como muy mexicana, le daba un aire silvestre o, si se quiere, salvaje, que no hacía pensar, o por lo menos a mí, y así lo confieso sinceramente, en muchos silogismos o artes de la inteligencia.

-Estas historias de amor -continuó Paquita- que no llegan a aflorar al mundo de los comportamientos prácticos y socialmente visibles, se dan en muy variadas formas o especies, ¿no es verdad?, pues puede ocurrir que se trate para uno de una verdadera historia y para el otro de nada absolutamente, como podría ser el caso, aunque yo no lo creo así, de Magali y Gentile; pero también puede ser una historia vivida por ambos en el secreto de unas vidas que socialmente llevan sus propios rumbos y que nadie fuera de ellos llega a conocer porque en realidad nunca pasa nada: acaso unos contactos furtivos durante un paseo o en una fiesta, en la complicidad de un amor no declarado, lo que seguramente es achaque frecuente en las historias de homosexuales en los medios burgueses y puritanos, ¿no es verdad?

Ahora me di cuenta de que Margueritte Léon se había interesado, al fin, por nuestro tema.

-Tiene razón Paquita -nos dijo- cuando habla de variadas formas o especies en ese tipo de problemáticas y ambiguas liaisons más o menos... dangereuses -hizo así una concesión a nuestra presunta cultura francesa. Me di cuenta de que a Lula Lira no le sonaba de nada eso de Les liaisons dangereuses, pero otros hicimos un gesto de

profunda comprensión de la cita-. En realidad, las relaciones más interesantes entre las personas suelen tener su parte secreta o clandestina hasta que afloran aquí o allá o a veces definitivamente a la luz del medio en el que la historia se desenvuelve, y pasan por distintas vicisitudes y equívocos en la comprensión y en la interpretación de lo que a las personas les sucede y al sentido de las relaciones entre ellas. Es un mundo mezcla, diríamos, de sucesos y fabulaciones que en la vida real forman parte de lo que ocurre...

-La imaginación forma parte de la realidad; eso es evidente -sentenció Allyson.

-También suceden, nos suceden -aventuré yo-, cosas que nosotros mismos ignoramos. ¿No es cierto que en nuestros comportamientos hay un lado oscuro? Quiero decir que, en cierto sentido, ignoramos nuestro propio personaje y no sólo los verdaderos personajes que hay en las personas con las que tratamos en la vida. Desde Freud no parece que pueda darse alguna duda sobre ese factor inconsciente que hace que seamos personajes en alguna medida ignorados por nosotros mismos y no digamos ya para los demás. Es mucho mayor el mundo de las historias invisibles, ¿no es verdad?, de lo que podemos suponer. ¿En realidad no somos nosotros mismos, todos nosotros -terminé tratando de compensar el énfasis de la frase con una sonrisa melancólica que me quedó muy bien- historias de nada?

-Según escuchaba yo la historia del cura Gentile -continuó Paquita, a quien no le había impresionado mucho, por lo visto, mi reflexión quizás un tanto anticuada (en la época del existencialismo hubiera sido una frase ad hoc, pero las cosas cambian y de qué manera, aunque en el fondo sigan siempre igual, como mucho me temo)-, me iba acordando yo de una que me contaron y cuyo protagonista, que ya ha muerto muy viejito, vivía en Olvera Street, allá en Los Angeles, cerca de la Estación. ¿Todos conocen aquella zona tan mexicana? La llaman El Pueblo de Los Angeles y tiene su iglesia hispana, católica, y está poblada de pequeños negocios con mucha artesanía, ocupación de la que viven multitud de chicanos y que es un polo de atracción también para la cantidad de mexicanos que cada día pasan lo mejor que pueden, o sea, muy mal, la frontera, con la esperanza de resolver su vida de mejores maneras en este lado; y los hay, muchos, que buscan su vida en Los Angeles y más al norte, desde luego, aunque no se llegue a alcanzar la densidad de población hispana que hay, por ejemplo, aquí en Chula Vista, donde alcanzamos a ser muy cerca, si no rebasamos ya ese porcentaje, del cuarenta y cinco por ciento. Mi personaje, a quien conocí cuando escribía mi tesis sobre el habla de los pachucos (dos de sus sobrinos andaban en esa onda como suele decirse), se llamaba, por mal nombre, Fulgencio Batista, sin que le uniera, desde luego, parentesco alguno con aquel sargento cubano que dirigió los destinos de la República de Cuba, para gran desdicha de sus ciudadanos, hasta que, como dice la canción de Carlos Puebla, llegó el comandante y mandó a parar. No, este

buen Fulgencio Batista nuestro era un mexicano nacido en un pueblito del Estado de Morelos y hasta se cuenta que siendo casi un niño formó en las huestes revolucionarias y agraristas de Emiliano Zapata, aunque él nunca quiso hablar de aquellos tiempos, si bien cuando alguien mencionaba a don Porfirio Díaz solía comentar muy brevemente que el tal don Porfirio era un hijo de la gran chingada, lo cual, a poco que ustedes sepan del habla mexicana, es un gran insulto, y en seguida volvía a sus modos benévolos y como un tanto lejanos de expresarse.

"No recuerdo en qué fechas, ya muy distantes en el tiempo, cruzó nuestro Fulgencio la frontera, sin papeles ni recursos económicos de ninguna especie; y parece que lo suyo fue más una huida que el resultado de un plan meditado y más o menos razonable; pero no una huida de la pobreza como es la común explicación a estos éxodos de nuestras gentes, sino que en su caso parece que huyó como alma que lleva el diablo o poco menos. La realidad luego se supo y resultó que la historia había empezado en Cuernavaca y que la cosa iba de amores un tanto especiales como en seguida se verá.

"Ha de verse en seguida, pero tampoco quiero precipitar ni confundir los elementos del relato que quisiera comunicarles según se fue produciendo la información para sus amigos y parientes, los unos vecinos suyos en Olvera Street o sus alrededores y los demás esparcidos por aquí o por allá en el Este de Los Angeles, de mucha población mexicana, como se sabe.

"Vista así la cosa, resulta que empezó cuando ya Fulgencio se había hecho viejo y gozaba de la estimación general de quienes lo conocían y lo trataban en su portalillo de vendedor de artesanías allá en Olvera Street. Es el asunto, y ahí empieza el misterio, y por eso digo que ahí puede considerarse que comienza la historia aunque en la realidad de la vida es el desenlace de ella o, por decirlo mejor, su último capítulo; es el caso, decía, que una mañana Fulgencio, cuando ya andaría muy cerca de los setenta años, no abrió el portal de sus cacharritos sin que, de momento, nadie pensara que el buen viejo había desaparecido, que es lo que ocurrió, sino que se encontraría enfermo, lo cual a esas edades es achaque frecuente; pero al pasar de los días empezó a cundir la intranquilidad por la suerte del hombre, y aunque no tenía parientes muy cercanos algunos de ellos y otros amigos se movieron para hacer alguna averiguación, y nada, y ya pasaron como dos meses y el señor Fulgencio sin aparecer, hasta que decidieron acudir a la policía y hacer la denuncia de la desaparición, y se llegó a pensar que podría haber sufrido un accidente y estar muerto, aunque un cadáver de sus características no aparecía reportado en los depósitos de la Morgue.

"El asunto no afectaba tan fuertemente a estas personas como para que el caso no fuera, poco a poco, olvidado; y al cabo de unos dos o tres meses ya se hizo

costumbre aquel portalillo cerrado y casi casi el señor Fulgencio empezaba a ser un olvido cuando cierta mañana los transeúntes de Olvera Street pudieron ver, aunque nadie se fijara en ello, que el viejo don Fulgencio estaba de nuevo entre sus cachibaches, y al poco ya se supo de su regreso y tuvo, claro está, muchas visitas y hasta se celebró una pequeña fiesta en la que hubo profusión de tacos, burritos y tequila; y allí, en aquella fiesta, Fulgencio Batista, fumándose su tabaco en una pequeña pipa, como al parecer era su costumbre, hizo un relato sucinto de su historia; y así dijo, con palabras que yo no escuché y que aunque hubiera escuchado no sería capaz de reproducir con su propio sabor y su carácter, y es por lo que ni siquiera lo intento, que allá en Cuernavaca y siendo él un joven así como retraído y solitario conoció a una mujer de la que cayó enamorado como si un rayo le hubiera alcanzado en mitad del pecho. Estaba él empleado en los servicios de limpieza de un establecimiento allí famoso, el Hotel Casino de la Selva, y la muchacha trabajaba en la cocina del restaurante. Quedó Fulgencio deslumbrado con la belleza y las demás condiciones, todas ellas excelsas, de aquella joven, y tal fue su pasmo que en ningún momento se atrevió a dirigirle a ella la palabra. Su silenciosa admiración, de la que ella no debió darse cuenta al parecer, sí fue acompañada de un trabajo informativo sobre quién era ella, de dónde venía, quiénes sus padres, y, desde luego, si tenía novio o la rondaba alguno de aquellos hombres que circulaban a su alrededor en las tareas culinarias mientras él manejaba la escoba y trasladaba cubos de basura y realizaba, en fin, otras tareas miserables o que él sentía como tales, en comparación de los altísimos trabajos que ella, cuyo nombre era Laurita, nombre que se le quedó grabado a fuego en el corazón, acompañado de unos apellidos que sonaban en sus oídos como una música celestial, y que acreditaban a aquel ser casi ultraterreno, tal cual el hombrecito la veía, como descendiente de vascos e italianos, aunque nuestro Fulgencio no llegara, ni para qué iba a llegar, a tales profundidades genealógicas: Aranguren y Patroni eran estos apellidos si yo recuerdo bien las notas que tomé cuando me encontré con esta preciosa historia. Tan elevada la consideró, desde su nivel de recogedor de basuras, al mirarla con todas sus atribuciones de ayudante de cocinera en las instalaciones de aquel presuntuoso y modernista casino, que ni siquiera se animó alguna vez, a lo que parece, a mirarla frente a frente, sino que aprovechaba los descuidos de ella para mirarla a hurtadillas y admirarla cada vez más.

"Eso es un amor y lo demás es tontería, o eso es una tontería y lo demás tampoco es amor, no sé cómo decirlo -continuó Paquita, que se estaba revelando, para mi propio asombro, como una buena narradora, aunque en mi opinión podía observarse en su estilo cierta dejación cultural a favor de un estilo cosmopolita e indiferenciado; pero creo que a todos la situación en que nos encontrábamos nos estaba conduciendo

a este tipo de placentera homogeneidad, de manera que se producía así como un estilo nivelado y entrópico-. Apocado, pues, por el sentimiento de no merecer, al menos en aquellas circunstancias, el acceso ni siquiera a la amistad de la graciosa y espiritual Laurita, decidió Fulgencio organizar una ascensión en su vida que le permitiera llegar hasta aquella, por entonces inalcanzable, imagen que él adoraba hasta el extremo de sentir pasmos y escalofríos en su presencia; y fue cuando decidió hacerse por lo menos un hombre rico, cosa que en su opinión sólo podía sucederle en California (algo habría oído hablar de este Estado pero cualquiera sabe qué), y volver un día y llamar a la puerta de su Laurita, cuyo domicilio se apuntó bien en un cuaderno antes de partir a la emigración. Según mis notas, la bella Laurita vivía con sus padres, pero mucho tiempo sola porque ellos eran mercaderes ambulantes de telas y quincallas, en una casa propiedad de un abuelo, en eso que hoy es la avenida de Emiliano Zapata y que yo no sé si ya entonces se llamaba así.

"Huyó, pues, sí, Fulgencio como alma que lleva el diablo, pero huyó de la imposibilidad de su amor si él continuaba para siempre en Cuernavaca: huyó, aunque otra cosa pareciera, hacia aquella jovencita, a la que tenía físicamente a tan corta distancia: la distancia más corta entre los dos no era, ay, una línea recta, sino que pasaba por todos los vericuetos, vicisitudes, riesgos y calamidades de la emigración.

"No es cosa de contar aquí, ni yo misma lo sé, cómo fueron sus muchas aventuras hasta que consiguió rentar el portalillo de las artesanías y, con él, montar su negocio en el que, como luego se supo, y merced a su vida tan recatada y ahorrativa, llegó a reunir muy buena plata, algo así como unos cincuenta mil dólares, según me informó una prima segunda suya que fue una de mis mejores informadoras porque, ya viejita y todo, tenía una memoria de elefante, ¡si es que los elefantes tienen tan grande memoria como dicen! Durante todos aquellos largos años, según contó Fulgencio en su fiesta de retorno después de haberse animado un poco con unos traguitos, no hizo más que preparar en su imaginación y en su bolsillo las condiciones del regreso a Cuernavaca, y no descuidó tener noticias de allá, siempre con la incertidumbre y más aún, la angustia, de que la historia de Laurita se cerrara para él, por medio de lo que más se podría esperar de una niña tan preciosa y virtuosa como ella, que acabara casándose con un mocito barbero, como dice don Antonio Machado (Paquita me dedicó una mirada en ese momento y yo le sonreí muy cómplice) en aquel poema famoso... Un confidente suyo, que me parece que era hermano de Fulgencio por parte de la mamá, le escribía de cuando en cuando, acuciado por nuestro personaje que no le dejaba en paz: que no dejara de enterarse, que cómo estaba Laurita, que si se había echado novio, que le contara cosas.

"Es de suponer lo mal que lo pasaría cuando a los dos años se enteró por su pariente de que Laurita se casaba, y no era con un mocito barbero pero, a los efectos,

tanto daba porque el novio era un gachupín; y no se disgusten ustedes, los españoles (nos reímos todos), pero es así como acostumbran a llamarlos en México. El español había sido croupier en el Casino de la Selva y, por lo que se sabe, andaba en las malas artes del juego profesional. Lloró Fulgencio amargamente al recibir la noticia, y se tiró a la borrachera y a la perdición en las noches del Este de Los Angeles durante un tiempo que afortunadamente fue breve porque gracias a Dios no había transcurrido un año que la boda de Laurita y el croupier cuando éste fue asesinado por alguien que lo acusó de tramposo en un casino de Acapulco, y así, sin mediar muchas palabras, se sacó un revólver, disparó y el español cayó al suelo con una herida mortal de necesidad en pleno corazón.

"Nuestro hombre recibió la carta de su medio hermano con la alegría que también es de suponer; y todo volvió a empezar. Realizó sus cuentas y vio que la dilapidación de sus ahorros no había sido demasiado grave, y consideró que Laurita, sin saberlo, lo estaba esperando aunque ella misma no lo supiera todavía. Ciertamente que se había perdido para siempre el sueño de la virgencita Laura y que los celos lejanos y ahora retrospectivos no dejaron de atormentarle un poco.

"Por fin, en su libro de contabilidad halló las cifras convenientes para emprender la gran aventura del regreso a Cuernavaca a la mujercita de sus sueños.

"Fue así como, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, y sin dar cuenta a nadie de su viaje, cerró su establecimiento y emprendió la vuelta. Lo hizo por medio de trenes y autobuses porque no creía -así, no lo creía- que unos aparatos tan enormes y de hierro como son los aviones pudieran volar; y así su viaje fue largo y tampoco conozco detalles de alguna peripecia que le ocurriera, pero no me extraña que le sucedieran anécdotas sabrosas durante aquellos días.

"Según he sabido, cuando llegó a este punto de su relato los asistentes se quedaron un tanto suspensos en espera del desenlace. ¿Qué había sucedido? Laurita -o doña Laura...-, ¿seguía viviendo en aquel antiguo domicilio? Sí -fue la lacónica respuesta-, seguía viviendo en el mismo lugar. También seguía trabajando en el mismo sitio. ¿Y qué hizo él? Lo primero, entró en la mejor sastrería de Cuernavaca y se encargó un traje muy elegante. También se alojó en un hotel de lujo. ¿Y después? Fue a cenar al Casino de la Selva, para ver de mirarla desde lejos antes de decidirse a presentarse a ella. ¿Y la vio? Sí, como conocía bien el terreno, se había asomado a la cocina. ¿Y luego? Entonces la vio. ¿Y después? Después se volvió a su mesa, terminó de cenar y se marchó al hotel. Al día siguiente, se levantó temprano, pagó su cuenta y, sin más, tomó el primer autobús que salía para la ciudad de México. Allí vivió durante no sabía cuánto tiempo haciendo docenas de locuras, tirando su dinero y arruinando su ya quebrantada salud. "Talmente he sido un viejo depravado", dijo. Con los últimos dineros había regresado a Los Angeles. ¿Qué había pasado, pues? Fulgencio entonces

se echó al coleteo otro traguito de tequila y resumió la situación en sólo tres palabras.

"Estaba muy canosa", dijo.

"Aquí termina -nos dijo doña Francisca Chávez, Paquita, con una sonrisa encantadora- mi historia del viejo enamorado.

LA SEÑORA STRUBEL ME HABLÓ DEL SEÑOR STRUBEL O LOS VIEJOS CAMARADAS NUNCA MUEREN.

PRÓLOGO

Conocí a la señora Strubel en su villa de Sausalito. La bahía de San Francisco era un esplendor aquella noche de luna llena. Yo estaba dando unos cursos en San Diego y unos amigos que fueron comunistas me presentaron a aquella dama insólita, que había sido conductora de una ambulancia durante la guerra civil española. Allí conoció a Joe Strubel, un soldado de las Brigadas Internacionales, que luego fue guionista en Hollywood hasta que lo incluyeron en la lista negra de Mac Carthy.

La señora Strubel me sirvió un whisky y ella se puso otro haciendo caso omiso de sus ochenta años. Entonces me contó tres historias de su marido, que había muerto unas semanas antes delante de unas cámaras de televisión.

NO SE SUICIDÓ

-Joe era un hombre de buen humor pero sufrió de una fuerte depresión cuando aquello -¿se acuerda usted?- de los incidentes armados en la frontera chinosoviética. Precisamente yo estaba en China y él, en París, en casa de unos camaradas franceses de las Brigadas. Allí estuvo a punto de suicidarse, bajo aquella gran melancolía que le produjo la noticia de que se había derramado sangre entre comunistas por un asunto de fronteras. Así me lo contó:

-Lo había preparado muy bien. La cuerda con su lazo bien hecho y la viga apropiada, pero no había contado con la radio, en la que un locutor estaba tratando del suicidio en el mundo moderno. Según cierta encuesta, la mayor parte de los suicidios se producían colgándose los malaventurados suicidas de una cuerda. Entonces yo miré la mía en mi mano y me sentí vulgar en cuanto al procedimiento. A continuación me enteré de que los sesenta y cinco años era la edad media de los suicidas en aquellos años. Yo acababa de cumplir sesenta y cinco años, y me pareció que una cosa tan importante como mi muerte no podía alimentar aquella vulgaridad estadística. Así que decidí tirar la cuerda por la ventana y tomarme, para asumir aquello de la sangre derramada, un buen trago de ginebra. El camarada francés llegó al poco y me preguntó, como él solía hacer:

-Ça va ?

-Ça va -le dije, y era verdad. Estaba bien.

PROTESTAMOS CONTRA LA GUERRA EN EL GOLFO

-Esto fue apenas dos meses, ya los dos muy viejos, la verdad -continuó la señora Strubel-. Sobre todo él, que andaba muy mal del corazón. Éramos un poema de arrugas y de achaques. Pero nos llamó la atención, leyendo el periódico, que una coordinadora pacifista convocaba a los ciudadanos de la zona a manifestarse contra la guerra en el Golfo Pérsico. A las once de la noche habría que salir a nuestros balcones o verandas y hacer algún estrépito que llamara la atención sobre el horror de los bombardeos. Pensamos que nadie lo haría en nuestro barrio, porque la mayor parte de nuestros vecinos son muy carcas -¿sabe usted?-. Pero tampoco pudimos dormirnos, y serán las once menos diez cuando yo me levanté de la cama, y en seguida vi que Joe se había levantado antes que yo. Quise encender la luz para verlo mejor pero él me lo impidió con un gesto.

-No se puede encender la luz. ¿No leíste a la Coordinadora? Ha de ser en la oscuridad.

-Es cierto -le dije-. ¿Pero qué tienes ahí?

-Creo -me respondió- que es lo más apropiado.

Lo que me enseñó me hizo recordar los tiempos de España. Eran dos carracas -así las llaman ustedes- que se usan para hacer ruido en la Semana Santa, el viernes, cuando se hace el oficio de tinieblas. Soy un poco antropóloga y me traje notas de las costumbres de allá. Eran una carraca grande y la otra más pequeña, de sonido más agudo. A mí me dio la pequeña, porque el machismo se agazapa en cualquier parte, ¿no es verdad?

De modo que salimos a la veranda y miramos hacia la bahía. Era un gran silencio.

-¿Qué hora es?

-Falta un minuto -me dijo Joe después de mirar su reloj, que tiene una esfera verdosa, como ve (la señora Strubel me enseñó el reloj que ella misma llevaba en su muñeca), y al poco añadió con un acento casi solemne-: Ahora, ahora; ya.

Giramos nuestras carracas en la noche, hicimos nuestro ruido. Nos pareció que también algún pequeño estrépito venía de acá o de allá, de la lejanía, o de Alcatraz. Todavía seguimos un rato, solos, serios, girando nuestras carracas. ¿Qué pensarían los vecinos?

No sabemos, pero nosotros protestamos así contra la guerra imperialista en el Golfo Pérsico.

MURIÓ DIGNAMENTE

-La muerte ha hecho famoso al pobre Joe -continuó la señora Strubel- y ya sabe por qué. Lo invitaron a esos estudios de TV de Los Angeles, para que diera su opinión

sobre la guerra. Yo traté de disuadirle porque estaba ya muy mal el pobre Joe. Pero él insistió y dijo que los viejos camaradas nunca mueren y que él se sentiría muerto si no acudía a aquella cita para combatir dialécticamente a esa banda de reaccionarios que dirigen los medios de comunicación. Así que yo misma lo llevé en nuestro automóvil, pues me encuentro bastante bien y aún pienso dar alguna guerra aunque ahora, sin Joe, me falta algo.

"Su papel era muy importante porque tenía que defender nuestro espíritu, o sea, el de los viejos brigadistas de la Lincoln durante la guerra de España.

"Yo lo estaba viendo en un monitor, allí al lado, y me di cuenta de que él estaba haciendo un esfuerzo. Ese periodista amigo de Bush -¿cómo se llama ese, digamos, hijo de puta?- estaba haciendo una apología de la guerra, y al poco Joe pidió la palabra. Con aire digno y tranquilo dijo que lo que estaba sucediendo en Irak era uno de los grandes crímenes en la historia de la Humanidad, tales bombardeos sobre las poblaciones civiles. De pronto dejó de hablar.

-Me temo -dijo- que no me encuentro en condiciones de proseguir esta conversación.

Se recostó dulcemente en su butaca, y es que había muerto.

FINAL

Me escriben mis amigos de California diciéndome que la señora Strubel también ha muerto hace una semana. Yo estoy llorando mientras escribo estas líneas.

Hondarribia, 5 abril 1991